EL ARCO

N.º 119 Cartagena 21 Marzo 1913 Año IV

Semanario Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Cincuenta números UNA pta. | Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2 | No se devuelven los originales

CREPUSCULO

Atardecía. Por las estrechas sendas que marcaban tortuosas las laderas del Calvario, descendían algunos judíos; la cumbre iba quedando en silencio, solo interrumpido ya por los sollozos de la Virgen Madre. El sol, después de depositar su último beso sobre el cuerpo inanimado del Justo, se ocultó tras del horizonte lejano, para llorar en su lecho de Occidente la muerte de su Dios. Envolvían el paisage los postreros reflejos de un crepúsculo de sangre.

¡Ya no volvería a resonar por las campiñas de la Judea aquella voz dulce que arrebataba a las masas: voz poderosa que tornó a la vida a Lázaro y a la hija de Jairo, ¡Jesús había muerto!

Medio oculta en las sombras, estaba allá abajo la impía ciudad de los hipócritas fariseos, mientras flotaba en el ambiente la terrible amenaza. «¡Jerusalén, Jerusalén, qué has hecho! ¡No quedará de tí piedra sobre piedra!»

. . . . . .

En lujosa estancia un hombre paseaba agitado. Era el pretor romano; el representante de Tiberio; el que dió el consentimiento para que se ejecutase la inicua sentencia... ¡era Poncio Pilato!

Ni su seguridad en la simpatía del pueblo, ni las atenciones de su esposa Prócula, pudieron calmar su inquietud. Había querido quedar sólo, ¡solo con las sombras de la noche que comenzaban a invadir la sala, fingiendo en los rincones a la excitada imaginación del pretor, genios grotescos que se burlaban de su cobardía!....

¡Cómo acudían entonces a su memoria, en inmenso tropel, todos los sucesos! El había visto al Inocente cargar sobre sus hombros flagelados la pesada cruz y marchar camino del sacrificio; y el porte humilde y la mirada tierna de Jesús, no se apartaban de su mente. Después... había sentido bajo sus piés trepidar el suelo con horribles convulsiones; había visto desde sus ventanas oscurecer el sol y desgajarse los árboles del bosque, y era noticioso de que algunos muertos habían abandonado sus sepulcros... Entonces, sí, entonces se preguntaba desesperado: «¿Sería ese hombre ciertamente el verdadero Mesías?

JOAQUIN FERRER RUIPEREZ

TRES ACTORES DE UN DRAMA

Judas

Dios te guarde
Maestro... y lo besó.

Acercóse al dulcísimo Cordero
El lobo con entrañas de diamante,
Y con procaz saludo y beso artero
Hincó sus garras en su pecho amante.

¡Discípulo traidor! ¡mengua y mancilla!
Si le quieres vender a su enemigo,
No manches su mejilla
Con el beso de amigo.

¡Judas! un paso atrás; que el mundo ha visto
Tu encubierta traición y felonía;
Que arde en tu corazón el odio a Cristo,
Más que en la chusma que tu voz seguía.

Pero Judas no ha muerto...
La raza de los pérfidos traidores,
A la Iglesia persigue y despedaza,
Mientras le canta amores.

¡Abajo los disfraces!
Mostráis olivo y escondéis la tea,
Venís a firmar paces,
Y pasáis al contrario en la pelea.

Traidores los que besan la bandera
Y después la desgarran en jirones,
Y abrazan a la Iglesia prisionera
Para más remachar los eslabones.

Viles Judas, mirad a Palestina;
Veréis como negrea el horizonte
Un árbol, cuya rama un cuerpo inclina,
A la falda del monte.

El viento sin cesar le balancea,
Y al fin cruge la cuerda... y se desplome
Como un tronco roído por carcoma.
Temblad; tal vez que vuestra suerte sea,
Como tremendo azote,
La suerte desgraciada de Iscariote.

HERODES

Y Herodes le despreció

Herodes le miró desde su trono;
Vió a Jesús en deshonra y menosprecio,
Y sin juzgarle digno de su encono
Le dijo con orgullo: Te despreció.
Y ¿piensas, juez injusto,
Que porque a la ignominia tú condenes
Al Acusado augusto
Le harán menos dichoso tus desdenes?

Te engañas, infeliz, gusano abyecto;
Que aunque te sonrías compasivo
Tú eres sólo un insecto,
Y Jesús es Dios vivo.

Reos, desgraciados,
Que pronto lanzaréis hondo gemido
Cuando crujan los huesos, machacados
Bajo el cetro de hierro del Ungido.

Al oir vuestras burlas Jesús calla,
Y su tristeza como reo oculta;
Pero al fin habla Dios... y el rayo estalla
Y en el polvo os sepulta.

Pobres ciegos, montón de podredumbre,
Que pretendéis manchar con vuestra boca
El escabel de inaccesible lumbre,
El odio en los abismos os desboca.

PILATOS

Inocente soy yo de la
sangre de este Justo.

Rugió la plebe como tigre herido,
De instintos inhumanos
Y respondió Pilatos al rugido:
«Soy inocente». Y se lavó las manos.

Blasonando de pérfida prudencia
Errastes el camino;
A la plebe vendistes tu conciencia
Y pensando ser juez, fuistes asesino.

Maldita cobardía,
Que hasta el crimen empuja
A los Pilatos tímidos del día
Que al tigre halagan por temor que ruja.

La fiera volverá a rugir mañana
Pues sólo al devorar el cebo... calla.
La prudencia sería fuerza vana
Cuando la única fuerza es la metralla.

Con diques de papel es que se quiere
Contener a gigante catarata.
NO ES EL NERÓN DEL HIERRO EL QUE NOS HIERE,
ES EL NERÓN DEL MIEDO EL QUE NOS MATA.

Y os llamáis, con Pilatos, inocentes,
Y sois como él infames vividores;
Y como él llevaréis en vuestras frentes
El baldón de cobardes y traidores.

V. GONZÁLEZ

María al pie de la Cruz

Hay una palabra de significado trascendental, grande y arrobador, una palabra cuya sola invocación embarga y anonada la mente y el corazón, una palabra que despierta con brío nuestras energías y estimula nuestros sentimientos: *heroismo*.

Grande, sí, es el heroismo del soldado, cuyo cuerpo despedazado por la metralla, cae desplomado en el parapeto donde defiende el honor de la Patria, grande es quien inmola su poder, su comodidad, sus riquezas y su propia vida, en aras de un santo ideal; pero aún hay algo más sublime y arrobador que el sacrificio de la vida, y este grado eminente del heroísmo, es el sacrificio del amor, del amor, que es el alma del hombre, del amor, que es la Vida del mismo Dios *Deus charitas est*.

Arquetipo de ese heroísmo nos lo ofrece María al pie de la Cruz.

—

«Mirad si hay dolor, comparable con mi dolor», nos dice la Madre del Verbo, desde la cima del Calvario.

¡El dolor! ¡El dolor de una madre! ¿qué es el dolor de una madre?

Sólo vosotras, madres que hayáis visto morir a un hijo vuestro, podéis responderme.

¡El dolor de una Madre divina! ¡Sólo María puede concebirlo, como lo sintió!

Se pierde la imaginación al querer grabarlo en ella y discurrir sobre tan sagrado motivo.

La misma naturaleza quiere expresarlo, con las tinieblas que envolvieron el madero de la cruz, el mundo horrorizado ve apagarse la luz del astro rey y oye amedrentado crujir con estruendo las duras peñas, que se conmueven a la muerte del Hijo de Dios. Sí, la imaginación se pierde en el Misterio.

Stabat Mater dolorosa.

María, cuya silueta no se dibujó entre los divinos resplandores del Tabor, allí está, soberana y erguida, destacándose en el cuadro de agonía que iluminaron pálidamente los rayos mortecinos de un sol que se veló cuando la Redención se consumaba.

Allí está en su puesto de honor: *juxta crucem lacrimosa.*

—

Corearon los espíritus celestes el nacimiento de Jesús, Reyes poderosos le ofrecieron su tributo, multitudes sugestionadas le aclamaron triunfante por montes y valles... y al llegar la hora de su inmolación, la multitud le insulta, los Reyes se acobardan, sus propios discípulos huyen, hasta de su Padre celestial se siente abandonado, y entonces, solo María le acompaña hasta el Calvario, solo María sigue el reguero de su sangre, solamente los castos oídos de María escuchan las blasfemias de la soldadesca, solo María llega al pie de la Cruz.

Bien puedes exclamar ¡oh Madre de Cristo!: «¡Mirad si hay dolor comparable con mi dolor!»

—

¿Resistirá lo que no resistieron ni las rocas, ni los astros, ni la tierra, ni el firmamento?

Sí: María puede más todavía.

En el cuadro lúgubre, sólo interrumpido por el estertor de un agonizante, va a escucharse una palabra. Entreabre sus ojos amoratados la víctima suspendida en el árbol de la vida, despliega sus labios cárdenos, va a hablar...

Madre de Dios, prepárate para oir la despedida de tu Hijo....

«Mulier, ecce filius tuus».

¡Mujer!... ¿No te llama *Madre?* ¿También se te arranca el último consuelo de las madres que van a cerrar los ojos al pedazo de su alma?

Es que hablaba el amor infinito, ofreciéndonos por Madre a la suya propia; por eso no te llama ya Madre solamente suya, sino *Mujer*, madre de todos sus redimidos.

¡Heroísmo incomparable del sacrificio del Amor!

—

Jesús va a expirar, las negras alas de la muerte baten sobre el vértice del Leño en que está enclavado. Allí está María.

Muere el hijo o el esposo, y la mujer corre desolada, enloquecida, quiere volar, quiere también morir...

María, allí está con la espada del dolor clavada en su corazón, velando sola y desamparada el cuerpo inerte de su hijo.

«Consummatum est».

¿Todo ha concluído?

No: todo no: ahora comienzan los dolores de la Virgen; ahora empieza la soledad de María.

—

Hijos de la Virgen del Dolor. «Hé ahí vuestra Madre!»

«Corrían las lágrimas por las mejillas de cuantos la habían conocido» dijo el profeta.

Llorad vosotros, subid al Calvario, dando vuestra frente al cielo; allí, viendo a la Reina del Dolor al pie de Cruz, decidle arrepentidos: